division en ella;" y su heregía se estiende, adquiere sectarios y aflige por muchos siglos al cristianismo.

Al mismo tiempo aparece Justino el filósofo, cuyas obras han llegado hasta nosotros, que despues de haber ensayado todas las sectas filosofacas sin alcanzar lo que buscaba, el conocimiento de Dios y de la verdad, y haberse detenido, en fin, en la de los platónicos que le parecia deberle conducir á su deseado objeto, desengañado, estudia los libros sagrados de los judios y de los cristianos. Los lee, medita y se convierte al cristianismo. Despues de su conversion, continúa llevando el patium ó manto de los filósofos. Justino, al ver alzados por todas partes los cadalsos contra los cristianos, no teme, y dirige al emperador en el año 150 una atrevida y sábia apología del cristianismo, amenazándole con la venganza de Dios si continuaba derramando la sangre inocente de los cristianos.

Tanto efecto causó en el ánimo del emperador esta primera apologia de Justino, que se supendió la persecucion contra los cristianos, y Antonino Pio llegó hasta á dar algunos edictos favorables á los cristianos, escribiendo à los gobernadores de las provincias, especialmente á los de Larisa, Tesalónica. Atenas y toda la Grecia, que no los inquietasen en tanto no emprendiesen alguna cosa contra la seguridad del Estado. La cuestion de la crlebración de la Pasena estuvo á punto de dividir las iglesias del Occidente y las del Asia; empero San Policarpo, obispo de Smyrna, vino á Roma, y con el pontífice Aniceto terminó esta diferencia.

Antonino Pio murió el año 161, á los setenta y tres de su edad, á los veinte y dos años y siete meses de su imperio. Su muerte iba á renovar de um modo mas cruel y sanguinario la cuarta persecucion del cristianismo comenzada por él, y suspendida tambien despues por él mismo.



where person has a strength of the person of

napote and Store Wester of the castle of castle of the business and

CAPITULO Y.

Marco Aurelio, emperador.—Persecucion de los cristianos.—Apología de San Justino.—Su martirio,—Martirio de San Policarpo.—Miliagro de la Legion Fulminante.—A pología de los cristianos.—Herega de Montan.—Condenacion de los montanistas.—Sublevacion en las provincias contra los cristianos.—Martires en las Gálias.—San Potin.—Santa Blandina.—San Epipodio.—San Alejandro.—Muerte de Marco Aurelio.—Commodo, emperador.—Cesa la persecucion.—Martirio del senador Apolonio.

MARCO AURELIO ANTONINO, llamado el Filósofo, y Lucio Vero, hermanos, sucedieron en el trono imperial. Esta fué la vez primera que se vieron a un mismo tiempo en el trono dos emperadores. Al adoptar Adriano á Antonino, exigió de él que adoptase á Marco Aurelio, v á éste que hiciese lo mismo con su hermano. Marco Aurelio asoció á su hermano al imperio, y por esta asociacion se les llamó Fratres imperatores y Divi Fratres. Marco Aurelio era un verdadero filósofo sobre el trono; empero Lucio Vero era intratable por su orgullo y entregado á los placeres. Nueve años nada mas reinaron juntos estos hermanos, pues Lucio Vero murió repentinamente el año 169 de Cristo. Marco Aurelio continuó reinando solo. Marco Aurelio demostró lo que era la tolerancia de la secta soberbia y orgullosa á que pertenecia, la de los estóicos, la mas fanática de todas, la que se jactaba de ser inflexible en sus resoluciones é intelerable con los culpables. Marco Aurelio tan filósofo, tan clemente, tan penetrado de los deberes, que no respiraba mas que justicia v humanidad, reputando en nada todo mérito de ostentacion, fundándola únicamente en la virtud, renueva la persecucion que Antonino habia hecho cesar, con tan bárbara crueldad, que eclipsa los tiempos de los primeros perseguidores. Envianse á las provincias nuevas órdenes contra los cristianos, los delatores los arrastran en todas partes á los tribunales, y la iniquidad de los jueces y el furor de las turbas hacen en el

mundo romano una infinidad de mártires. Los que escapan del fuego y del cadalso van a poblar las minas, pereciendo lentamente en aquellos durísimos trabajos. Dos inocentes víctimas, Ptolomeo y Lucio confiésanse cristianos y perecen, y entónces el filósofo Justino escribe su segunda apología, en la que despues de demostrar el origen de la idolatría. y denunciar las atroces violencias que ejercen los perseguidores contra las mugeres, los niños y los esclavos, para arrancar á su debilidad falsas declaraciones sobre los incestos y las comidas de carne humana que se atribuyen á los cristianos, acababa invitando á los magistrados á que publicasen su escrito con la contestacion que tuviesen á bien darle, no dudando que esta apología era su sentencia de muerte. No se engafiaba el generoso apologista. Los sofistas que gozaban del favor del emperador, y á cuya cabeza se hallaba el cínico Crescencio, hombre de costumbres infames y lascivas, y á quienes Justino habia vencido con su elocuencia, probando su ignorancia, cuando acusaban á los cristianos de ateismo, le hicieron comparecer ante el tribunal del prefecto de Roma.

El prefecto, que se llamaba Rústico, le preguntó á qué clase de estudio se habia dedicado, y él respondió: "A toda clase de doctrinas, y al fin he adoptado la de los cristianos.—¡Cuâl es esta doctrina? dijo el prefecto.—La doctrina de los cristianos, respondió Justino, es creer en un solo Dios, criador de todas las cosas visibles é invisibles, y confesar á Jesucristo, Hijo de Dios, que debe venir á juzgar al género humano, y que ha comunicado su celestial doctrina á los que han querido acogerla. En cuanto à mí, yo soy un hombre débil, incapaz de hablar digramente de su grandeza infinita. Confieso que esta mision ha sido concedida á los profetas que han predicho muchos siglos antes de su venida la aparicion del Hijo de Dios en este mundo."

- Donde se reunen los cristianos? le pregunto el prefecto, y Justino respondió: "Cada cual se reune donde quiere ó donde puede, y no acostumbramos á reunirnos en un sitio solo;" (decia esto para no vender á sus hermanos, y al mismo tiempo para indicar que su culto no estaba limitado, como el de los paganos, á un lugar). Por esto añadió: "El Dios de los cristianos no está encerrado en un espacio determinado: invisible, llena el cielo y la tierra, los fieles le adoran en todas partes y en todas le glorifican." Los que le acompañaban (eran cinco), confesaron con igual firmeza que eran cristianos, y el prefecto, volviéndose hácia Justino, le dijo: "Escucha tú, que pasas por elocuente y crees poseer la verdadera ciencia: cuando tu cuerpo haya sido destrozado a azotes, ¿piensas que subirás al cielo?-Si sufro, respondió el mártir, tendré lo que poseen ya los que han observado los preceptos de Jesucristo.-Como! ¿Pe imaginas que subirás al ciclo para recibir una gran recompensa?-No me lo figuro, respondió Justino, sino que lo sé; y estoy tan seguro de ello, que lo que mis compañeros y yo deseamos con mas ansia, es sufrir por nuestro Señor Jesucristo. Esto será el motivo de nuestra confianza ante el terrible tribunal en que deben aparecer todos los hombres."

Cuando el prefecto oyó estas palabras pronunció esta sentencia: "Que los que no han querido hacer sacrificios ni obedecer al mandato del emperador sean azotados con varas, y luego pierdan la vida en la forma prevenida en las leyes." Los sagrados mártires, alabando á Dios, fue-

ron conducidos al sitio señalado, y despues de ser azotados con varas, perecieron degollados.

San Justino ha sido considerado como el primer padre de la Iglesia, despues de los apóstoles. Entre tantos ilustres mártires como en esta persecucion sellaron con su sangre la fé de Jesucristo, admira el anciano Policarpo, el amigo del mártir Ignacio, discípulo de San Juan, por cuyo santo apóstol habia sido colocado á la cabeza de la iglesia de Smyrna, que hacia sesenta años regia con tanto celo y esplendor. Varon tenido por tedas las iglesias como un modelo apostólico. El año séptimo del imperio de Aurelio, en la ciudad de Smyrna perecen infinitos mártires. El fuego, el hierro, los azotes, destrozan las victimas; empero stn cansar su constancia. Los cristianos no aguardaban, contra las instrucciones de los mismos obispos, á ser buscados, sino que se ofrecian ellos mismos al martirio. Notable fué entre otros muchos, un jóven llamado Germánico, á quien el procónsul trataba de hacer variar de resolucion, invitándole á que se compadeciese de su edad, el que sin titubear llamó hácia sí una fiera violentándola para que le despedazara. Tanto era el deseo que tenia de dar su vida por la fé! Entônces la muchedumbre, estupefacta con el valor de los cristianos, gritó mueran los impios, tolle impios; aclamacion que ordinariamente usaban contra los cristianos. Que traigan á Policarpo!

Un tal Quinto de Frigia, se ofreció tambien al martirio; empero su debilidad fué mas fuerte que su voluntad. Sobrecojidse de espanto al ver las fieras, vaciló y adoró lo que antes habia desechado; por eso el consejo que se daba á los fieles, era el que se ocultasen, y descubiertos y arrastrados á los tribunales, pereciesen por la fé.

Policarpo, obligado á salir de la ciudad por las instancias de los fieles que querian salvar su padre, su maestro, su apóstol, se retira á una granja inmediata, allí profetizó que seria quemado vivo. Perseguido, huye á otro punto; pero un niño esclavo de la granja declara en el tormento el lugar de su retiro, siendo ya imposible el ocultarle. Cogieron al niño y salieron de la ciudad en busca de Policarpo, seguidos de una tropa de caballería, cual si fuese en busca de un malhechor.

Llegaron donde se hallaba, y aunque pudo huir, negose á ello, y se entregó voluntariamente, dejando admirados con su edad y su firmeza á los que con tanto aparato de fuerza venian á prenderle.

Mandó que diesen de comer y beber cuanto deseasen á los que le habian ido á prender, pidiéndoles una hora para orar libremente. Se la concedieron y oró de pié.

Cuando hubo terminado su oracion, en la cual intercedió por todos, y mencionó á todas las iglesias, como hubiese llegado la hora de partir, le colocaron en un asno, conduciéndole á la ciudad el dia del gran sábado 6 víspera de Pascua. El irenarca Herodes y Nicetes, su padre, salieron á recibirle; hiciéronle entrar en su carro, y sentados á su lado, le tentaban con estas palabras: "¿Qué mal hay en decir: Señor César, y en hacer sacrificios para salvar su vida?" y otras insinuaciones del diablo. El selló sus labios, y les oyó al principio con paciencia; mas luego esclamó: Que entónces jamas le condenarian á la hoguera, la prision, el tormento, las cadenas, el hambre, el destierro ó los azotes." Estos, perdiendo la

esperanza de convertirle, le colmaron entônces de injurias, y le arrojaron del carro, que corria con tanta presteza y tal violencia, que al caer Policarpo se fracturó una pierna. Pero como si nada sufriese, continuó su camino alegremente, y fué introducido en el circo, donde habia estallado un tumulto tan grande, que nadie podia hacer oir su voz en aquel momento.

Apenas había entrado, cuando se oyó una voz que resonaba allá en los cielos, y decia: "Policarpo, valor!" Voz que fué oida por los cristianos que se hallaban en la arena, pero por nadie mas. Llevado al procónsul, este le preguntó si era Policarpo, á lo cual respondió: "Lo soy."-Entónces, exhortándole á negar, le dijo el juez: "Duélete de tu edad, y cuanto acostumbran á decir en semejante caso:" jura por el génio de César, añadió: grita: "Fuera los impíos!" De repente Policarpo, con los labios entreabiertos, y como si álguien hablase en él, miró fijamente á la idólatra muchedumbre que se apiñaba en derredor de la arena, tendió el brazo hácia ella, y lanzando un profundo suspiro, al contemplar la magestad del cielo, exclamó: "Fuera los impíos!" El juez insistió diciendole: "Jura por la fortuna de César, injuria à Cristo, y te suelto."-Policarpo respondió: "Hace ochenta y seis años que le sirvo, y no me ha hecho mal alguno: ¿cómo, pues, podria injuriar á mi Salvador v mi Rey?" Instándole siempre el procónsul á que jurase por el nombre de César, respondió: "¡A qué viene el provocarme à que jure por lo que llamas el génio del César? Si finges que ignoras lo que soy, lo diré en alta voz. Escucha; soy cristiano! ¡quieres enterarte de mi doctrina? fijame el dia en que quieres oirme."

El procónsul le dijo: "Satisface al pueblo," y Policarpo respondió: "Te creo digno de ser enseñado é instruido, porque estamos acostumbrados á honrar á los principes y los poderes que Dios ha instituido. Por lo que

hace al pueblo, no le creo digno de ello,"

El procónsul le dijo: "Tengo fieras á las cuales te arrojaré, para que te despedacen si no obedeces." Pero él: "Suéltalas, dijo, y que tus leones ascien en mi su rabia: me gloriaré de mis tormentos, y triunfaré en mis heridas." El procónsul dijo á Policarpo: "Si desprecias los dientes de las fieras, haré que te quemen vivo." Policarpo respondió: "Me amenazas con un fuego que arde una hora para decaer y apagares, porque ignoras el juició final y el fuego eterno destinado á los impios. ¿Pero á que viene esa tardanza? haz lo que quieras hace."

Mientras hablaba, el esplendor de la gracia celeste visitó é iluminó su faz, y el procónsul se quedó aterrado. Entônces mandó á un heraldo que gritase tres veces: "Policarpo conficsa que es cristiano," y enfurecida la muchedumbre de judios y gentiles que habitaban en Smyrna, esclamó: "Es el doctor del Asia, el padre de los cristianos, el destructor de nuestros ádolos, el violador de nuestros templos; y ahora ha encontrado lo que deseaba." Y estimulaban al asiarca ó magistrado Filipo para que soltase un leon; empero respondió que se habian terminado los juegos y especiáculos.

Entónces todos comenzaron á gritar: "Que le quemen vivo!" pues era preciso se eumpliese lo que habia anunciado. Elevando, pues, su plegaria al Dios Todopoderoso, y volviendo hácia los suyos su venerable rostro, les dijo: "Ya veis que voy á sufrir la pasion que he profetizado."

El pueblo entónces, y principalmente los judios, corrieron en tropel á los astilleros y à los establecimientos de baños termales, buscando madera por todos partes. Formada la hoguera, Policarpo se quitó su cinturon y sus vestidos, y desató los cordones de sus sandálias, lo que antes no acostumbraba á hacer por sí mismo, porque los fieles se disputaban el honor de desempeñar este ministerio, á fin de poder tocar y besar sus piés desnudos. Llevados los instrumentos que se usaban en el suplicio del fuego, como quisieran aturle, segun costumbre, con una cadena de hierro, dijo: "Dejadme así, pues el que me ha inspirado el deseo de querer ser quemado por el, me dará tambien fuerzas para permanecer firme sobre la hoguera, sin necesidad de estar ligado."

Por esto no le encadenaron, y se contentaron con atarle las manos por

detras.

Hizo al cielo una plegaria, y la llama subió al cielo; pero tomando incremento y replegándose en forma de bóveda, como la vela de un buque henchida por el viento de la mar, rodeaba como un suave cinturon el cuerpo del mártir, sin alterar sus sagrados miembros. Entónces los malvados, viendo que el fuego no podia consumirlo, ordenaron á un confector, verdugo (llamado así porque tenia el cargo de rematar las fieras y gladiadores mortalmente heridos en el circo), que hundiese su puñal en el corazon de Policarpo, lo cual ejerce al momento, saliendo de las angre que brotó con abundancia, una paloma que hendió los aires, batiendo las alas, apagándose el incendio con la sangre, y quedando asombrado de tan milagroso suceso todo el pueblo! El procónsul no permitió se diese sepultura al cadáver del santo obispo: a instigacion de los judíos fué quemado; empero los cristianos recogieron sus huesos y los conservaron religiosamente.

La Iglesia de Dios tuvo una tregua. Apolinario, obispo de Heraples y Atenagora, de Atenas, escriben dos apologías en que vindican á los cristianos de sus calumnias, y un milagro acabó de persuadir al emperador filósofo Marco Aurelio, en una de sus espediciones contra los bárbaros del Norte. Los quados y marcomanos, le atraen a un sitio rodeado de montañas y bosques, la Bohemia. El ejército romano se halla de repente rodeado de bárbaros y como sitiado. El estremo calor y una sed devoradora hace mas crítica y peligrosa su situacion; el ejército iba á perecer. En él habia gran número de cristianos, la mayor parte armenios. Doblan sus rodillas y elevan sus súplicas á Dios, con admiracion de los mismos enemigos; empero lo que los sorprende mas es que de repente cúbrese el cielo de grandes nubes, que rasgándose, envian una benefica y abundantísima lluvia, que los soldados romanos reciben en sus cascos, en su boca, apagan su devorante sed, miéntras que un violento pedrisco con horrorosos truenos, descarga sobre los bárbaros, introduciendo en ellos la confusion y el desórden. Llamóse desde entônces á esta legion la Legion Fulminante. Marco Aurelio confesó con ingenuidad en una carta que escribió al senado, que á los cristianos debia la victoria conseguida: Cristianorum militum precationibus imbre impetrato. En un bajo relieve de la columna Antonina, está consignado este hecho, si bien los paganos atribuyen el prodigio à Júpiter Pluvio.

Marco Aurelio, de resultas de este milagro, suavizó un tanto sus dis-

11

posiciones contra los cristianos, publicando un decreto prohibiendo que fuesen delatados; pero nada mas hizo, de modo que este decreto se diferenció muy poco del de Trajano (año 177).

Respiraron un tauto los cristianos; empero en muchas provincias se suscitaron de tiempo en tiempo motines, en los que un populacho fanático pedia su esterminio á gritos, lo obtenia de los jueces á quienes animaba el mismo desco, ó forzaba á estos actos de barbara crueldad a los que por si mismos nunca se hubieran atrevido à hacerlo. Este es lo que sucedió principalmente en las Gálias. A mediados del siglo II envió á ella la Santa Sede una banda generosa de misioneros evangélicos, á cuya cabeza se hallaba Potino, discipulo del bienaventurado Policarpo. Se estableció en Leon, una de las ciudades mas importantes de aquella provincia: fué su primer obispo, y sus predicaciones fundaron á poco una iglesia numerosa y floreciente, mientras el celo de sus colegas reanimaba la de Viena, ya fundada por San Crescente. Los triunfos, que se aumentaban mas y mas, de Potino, llamaron la atencion, atrayéndole el odio sombrio de los paganos. Solo esperaban un momento favorable para dar rienda suelta a su furor, y no tardo en presentarse con ocasion de los juegos que cada cinco años se celebraban en Leon. Entónces comenzó el drama sangriento, cuya relacion, hecha por los fieles que sobrevivieron à la persecucion, ha llegado hasta nosotros. ¡Con cuánto placer insertariamos literalmente estas actas, como lo homos hecho con las anteriores, para dar una muestra del género de estos sagrados documentos, si lo permitiese la estension que nos hemos propuesto dar á nuestra obra! En nuestras relaciones nos atendremos estrictamente á su resultado. Los cristianos en Leon, entregados como una presa al pueblo furioso, sufren con heróica tranquilidad cuanto una poblacion frenetica y enfurecida puede hacer contra los que tiene por enemigos. Presos, conducidos al foro, interrogados públicamente, son condenados á muerte por el procónsul. En vano uno de ellos, Vecio Epagato, uno de los mas ilustres habitantes de Leon. conmovido de indignación, pide le dejen abogar en favor de sus hermanos, y probar que nada existia entre ellos impuro ni sacrilego. El proconsul quiere saber si es cristiano tambien. Confiesa en voz alta su fé, y es condenado con los demas, burlándose el procónsul, llamándole el abogado de los cristianos. El furor del pueblo no conocia límites, acusaba á los cristianos de tomar parte en los banquetes de Tyeste y en los incestuosos concubinatos de Edipo (1). Sanctus, diácono de la iglesia

de Viena, sufre con valor todos los tormentos, y en vano esperan los verdugos arranearle alguna palabra impía de impaciencia. Su resistencia fué tan vigorosa, que el procónsul no puede obtener de él ni su nombre, ni el de su nacion, ni el de su patria, ni si es libre 6 esclavo. A todas sus preguntas respondió en lengua romana: "Soy cristiano." Este era su nombre, su patria, su familia; nunca pudieron arranearle otra respuesta. Este silencio escita la rabia del procónsul, redobla el ardor de los verdugos. Agotados los tormentos, aplican á sus dilacerados miembros hojas de acero hecho ascuas. Nada consiguen, y lo encierran para vencer otro dia su constancia en la prision, donde milagrosamente recobra la salud y las fuerzas para un nuevo combate.

Potino, anciano de noventa años, tambien es conducido al tribunal del procónsul en hombros de los soldados; y perseguido allí como sucedió á Cristo, por los gritos rabisosos de los magistrados y de todo el pueblo, dió un glorioso testimonio de su fé. Preguntándole el procónsul cuál era el Dios de los cristianos, respondió: "Si te haces digno de él lo conocerás." Apenas pronunció estas palabras, fué arrebatado por el pueblo, y maltratado inhumanamente. Los que se hallaban cerca de él le daban puntapiés y puñetazos, sin tener en cuenta su vejez, y los que estaban léjos le arrojaban cuanto encontraban á mano, porque todos se creian criminales para con sus dioses, si no le prodigaban insultos y malos tratamientos. Encerrado en la prision, casi sin dar señales de vida, dos dias despues exhaló el último suspiro. Maturo, neófito todavia, Atalo de Pergamo y Blandina, esclava, fueron tambien atormentados, y no pudiendo vencer su constancia, encerrados en la misma cárcel que Sanctus, donde se consolaron, y fortalecieron en la fé á otros muchísimos mártires.

Los confesores, algun tiempo despues, fueron separados y clasificados para diferentes géneros de muerte; Sanctus y Maturo fueron, pues, conducidos al anfiteatro y arrojados á las fieras con Blandina y Atalo, un dia de espectáculo estraordinario, fijado para su inmolacion. Así sufrieron Maturo y Sanctus por segunda vez todos los tormentos que ya habian padecido. Como los combatientes que, despues de derribar á sus contrarios una y repetidas veces, combaten todavia, mas ya entônces por alcanzar la corona, así sufrieron ellos de nuevo el látigo, los mordiscos de las fieras que los arrastran por la arena, y en fin, todo lo que el capricho delirante y los ahullidos insensatos de un populacho furioso dictaban á los verdugos: despues mandaron á gritos que sentasen á los mártires en la silla de hierro puesta al fuego. Bien pronto se esparció por todo el anfiteatro el fetor de sus carnes quemadas; pero esto no contuvo á los malvados, pues se aumentaba su corage al ver que la constancia de ambos mártires rechazaba sus asaltos, sin que pudieran arrancar á Sanctus otras palabras que las que ya habia proferido. Al fin cesó el combate, y fueron ahogados, despues que los dos solos sirvieron de espectáculo un dia entero a un pueblo que necesitaba en cada una de aquellas funciones los combates variados de una tropa de gladiadores.

Blandina fué atada á un poste y presentada á las fieras; empero como ninguna se atreviese á tocarla, la desstarron del poste, y conducida de nuevo á la prision, la destinaron á nueva lucha.

Entre tanto, el pueblo pedia á gritos que impusiesen el castigo á Atalo.

⁽¹⁾ Los paganos confundiar bajo el nombre de cristianos aun á los hereges. Así se atribuian á los fieles las acusaciones dirigidas contra los gnósticos, carporatinos y otros, que cometian en sus sambleas abominaciones tales, que serian increibles sí no las refiriesen los santos padres. El misterio en que por la persecucion se celebraban las reuniones de los cristianos, añadia peso à las calumnias de sus enemigos, que entendiendo mal el misterio de la Eucaristía y con malicia, decian que comian carne humana y bebian sangre. Tambien propalsban que despues de su comida en comun, ó mas bien de sus orgías, se apagaban las luces, y á favor de las tinieblas, hombres y mugrers se mezclaban á la ventura y gozaban de los mas impuros placeres. Los judíos fueron desde el principio los autores de estas atroces calumnias, que sin embargo fueron creidas y produjeron efecto.

Sólidamente ejercitado en la doctrina cristiana, siempre habia sido firme testigo de la verdad. Entro, pues, en la arena, dispuesto al combate lo mismo que à la confesion: hiciéronle dar vuelta al anfiteatro, precedido de un cartel en el cual se leia en lengua latina: "Esta es Atalo et cristiano." Crecia contra él la célera popular; pero sabiendo el procónsul que era ciudadano romano, lo volvió à la prision con los demas, y despues escribió à César para preguntarle qué debia hacerse con todos los pressos

Fueron, pues, llevados al tribunal para ser interrogados por el procónsul, pues César escribió: "Que todos los que confesasen muriesen, y los que renegasen fueren puestos en libertad." De consiguiente, el mismo dia en que se celebraba en la ciudad un mercado solemne, al cual habia acudido multitud de gentes de las provincias y del estrangero, el procónsul mandó que los mártires fuesen conducidos á su tribunal, para enseñarlos al pueblo con pompa teatral. Interrogóles de nuevo, y todos los que fueron reconocidos por ciudadanos romanos fueron decapitados, arrojando los demas á las fieras.

En el acto de dar tormento, todos los verdaderos cristianos acercáronse á los que eran interrogados, y entre otros Alejandro, médico frigio, que hacia muchos años moraba en las Gálias, y conocido de todos por su amor á Dios y su osadía en la predicacion de la fé. En pié, al lado del tribunal, asistia á los confesores, y con sus gestos y movimientos los exhortaba á permanecer firmes en la fé. El pueblo lo echó de ver, y enfurccido principió á gritar contra Alejandro.

El procónsul le interrogó al momento sobre lo que era, y respondió que era cristiano. Irritado el juez, le condenó á las fieras, y al dia siguiente en tró en la arena con Atalo; pues el procónsul, queriendo congraciarse con la multitud, habia decidido que éste fuese entregado á las fieras por segunda vez. Los dos, despues de padecer los tormentos ordinarios del anfiteatro, fueron degollados. Alejandro no lanzó un suspiro, no profirió una palabra, sino que retirándose á las profundidades de su alma, no cesó de conversar con Dios todo el tiempo de su suplicio. Respecto á Atalo, como le sentasen en la silla de hierro incandescente, sus carnes tostadas exhalaron bien pronto un hedor insoportable, y gritó al pueblo en latin: "Gomer hombres es lo que vosotros haceis; en cuanto á nosotros, nada hacemos que se le parezca, ni cometemos ningun otro crimen." Interrogado acerca de su Dios, respondió: "Dios no tiene nombre como los hombres lo tienen."

El último dia de los espectáculos, Blandina fué conducida de nuevo al anfiteatro con Pontico, niño de quince años. Todos los dias precedentes se les habia conducido allí para que fuesen testigos de los suplicios de los demas mártires. Intimóseles que jurasen por el Dios de los gentiles, y le insultaron, permanecíendo firmes en su negativa. Entónces la cólera del pueble estalló con tanta violencia, que sin respetar el sexo de la muger y sin ningun miramiento á la edad del mancebo, les hicieron recorrer todo el círculo de los tormentos, instándoles á gritos para que jurasen. Pero nada pudo doblegar su constancia, porque Pontico, asistido à la vista de los paganos de las exhortaciones de su hermana de martirio, exhaló su alma juvenil enmedio de suplicios generosamente sufridos.

Blandina quedóse, pues, sola y la última de todos. Despues de ser azotada, despues de las fieras y la silla ardiente, la envolvieron en una red, arrojándola á un toro, que la lanzó diversas veces al aire, entre las frenés ticas aclamaciones de la muchedumbre. Al fin la degollaron. Jamanuger alguna, segun confesion de los mismos gentiles, sufrió tantos y semejantes suplicios!

La rabia de los perseguidores de Leon se estendió mas allá de la muerte: despues de dejar seis dias insepultos los cadáveres de los márti-

res, los quemaron y arrojaron sus cenizas al Ródano! El suplicio de Blandina no fué la última escena de la persecucion de

Leon.

Habia en Leon dos jóvenes llamados Epípodo y Alejandro, el primero griego de nacion, y el otro natural del mismo Leon, ambos cristianos y pertenecientes à la mas emcumbrada nobleza. Encendida la persecucion, resolvieron huir, siguiendo el precepto de Jesucristo, y saliendo sigilosamente de la ciudad, hallaron en una aldea immediata y en casa de una pobre viuda cristiana, un asilo, que creyeron seguro; pero tal era la actividad de las pesquisas, que fueron descubiertos á poco y puestos en

Tres dias despues, llevados á presencia del juez, con las manos atadas á la espalda, les preguntaron, segun costumbre, su nombre y profesion. Declaráronse cristianos. Entônces el pueblo lanzó un grito, y el juez dijo con cólera: "¡De qué han servido los tormentos de los que acaban de perder la vida, si todavia se habla de Cristo?" Al momento los mandó separar, temiendo se exhortasen el uno al otro, á lo ménos por señas; y dirigiéndose primero á Epipodo, á quien creia mas débil, porque era el mas joven, le dijo: "Que tu terquedad no te haga perecer: nosotros adoramos á los dioses inmortales que adoran todos los pueblos y nuestros mismos príncipes; les honramos con danzas, cánticos, juegos y diversiones. Vosotros adorais á un hombre crucificado, á cuien no puede agradarse disfrutando todos estos bienes: él rechaza la alegría, ama los ayunos y una castidad estéril, y condena el placer. ¿Qué bien puede haceros el que no supo librarse del destino mas miserable? Te digo esto à fin de que mudes de método de vida para gozar de la dicha de este mundo, y de las diversiones que son propias de tu edad."

Epipodo respondió: "No me dejo engañar por esa fingida y cruel compasion: ¿no sabes que Jesucristo, Nuestro Señor Eterno, resucitó despues de ser crucificado, y que siendo Hombre y Dios al mismo tiempo, habierto así á los suyos el camino de la inmortalidad? Pero dejemos estos discursos que no puedes comprender: ¿cres tan ciego que ignoras que hombre se compone de dos sustancias, el alma y el cuerpo? En nosotros, cristianos, el alma manda y el cuerpo obedece. Las infamias que vosotros cometeis en honra de vuestros demonios, dan placer al cuerpo pero matan el alma.... Despues de mancharos con los goces corpotales como los animales, al fin solo hallais una muerte triste, y nosotros, cuando nos quitais la vida terrena, entramos en otra eterna."

Irritado con esta respuesta, el juez mandó que le arrojasen sobre el caballete, y dos lictores le desgarraron con garfios de hierro. Entónces se oyó en el pueblo una griteria terrible, y viendo que el juez no iba tan

de priesa como hubiera querido, pedia que se lo entregase para apedrearlo ó hacerlo pedazos. Para evitar una sedicion y temiendo ser insultado en el tribunal mismo, el magistrado mandó que quitasen al mártir de su

presencia y le cortaran la cabeza.

Despues de un dia de intervalo, sacó de la cárcel á Alejandro, y le dijo: "Todavia puedes aprovecharte del ejemplo de los demas, porque de tal modo hemos perseguido á los cristianos, que no hay otro sino tú de semejante raza." Alejandro le dijo: "Doy gracias à Dios porque me animas con el ejemplo de los demas mártires. Por lo demas, te engañas: el nombre cristiano no puede perecer; Dios lo ha establecido sobre fundamentos tan sólidos, que al mismo tiempo que se conserva viviendo los hombres, se estiende con su muerte. Soy cristiano, siempre lo he sido, y lo seré hasta el fin para gloria de Dios." El juez mandó que le tendieran y le separasen las piernas, en cuya posicion fué azotado por tres verdugos que se relevaban, lo que duró mucho tiempo, sin que se le escapase ni una palabra indigna. En fin, viéndole firme, ordenó el juez que fuese puesto en cruz; pero no duró mucho tiempo semejante suplicio, pues tan destrozado se hallaba su cuerpo, que á través de las descarnadas costillas, se veian las partes mas ocultas de sus entrañas. Entónces, invocando el nombre de Jesucristo con voz moribunda, dió su alma á

Como los gentiles coutinuaban impidiendo se diese sepultura á los cadáveres, los cristianos sustrajeron los de ambos mártires y los escondieron cerca de la ciudad, en el fondo de un valle, en un sitio cubierto de verba y regado por abundantes manantiales, el cual se hizo célebre tanto por la piedad de los fieles como por la multitud de milagros.

Otros dos cristianos, Marcelo y Valeriano, se habían escapado por una especie de milagro de las cárceles de Leon. Marcelo permaneció oculto algun tiempo; y en el secreto de su albergue continuaba, sin embargo, la especie de mision apostólica que debia llenar todo cristiano, y en cuanto podia ganaba almas en obsequio de Jesucristo. A poco le parecieron harto tímidas estas precauciones, y alzó la voz en favor del cristianismo. Arrestado al instante, le ataron á las ramas de un árbol que encorvaron á la fuerza, á fin de que al levantarse le arrancaran los miembros. Como esta invencion bárbara no tuviese todo el efecto que aguardaban, le enterraron vivo hasta la cintura, y así vivió tres dias antes de espirar. Esto sucedió en Chalons, sobre el Saona. En cuanto á Valeriano, le apresaron en Trinorquio (hoy Turno), donde despues de atormentarle le cortaron la cabeza.

Ninguno de estos mártires dejó tanto eco como el de un jóven de Autun, llamado Sinforiano, hijo de Fausto, y de noble y cristiana familia. Instruido en las bellas letras, se le habia visto pasar de la infancia à la juventud, y poner el pié en el umbral de la edad viril con tan felices auspicios, que en su admiracion, los justos le tienen por hombre familiarizado con las virtudes celestes.

Celebróse un dia una solemne procesion en honor de Cibeles, á la sazon que Heraclio, varon consular, se hallaba en la ciudad: Sinforiano, al pasar el ídolo por delante de él en un carro, no quiso arrodillarse como todo el pueblo; la multitud le prendió conduciéndole á presencia de He-

raclio. El varon consular sentóse en su tribunal, y dijo á Sinforiano: "Declara tu nombre y condicion." Respondió: "Soy cristiano y me llamo Sinforiano."-El juez dijo: "¡Eres cristiano? Es preciso que hayas estado muy oculto, pues entre nosotros no se vé ninguno de tu raza. ¡Por qué has insultado a la diosa madre?-Sinforiano respondió: "Ya te he dicho que soy cristiano; adoro al verdadero Dios que está en el cielo. En cuanto al ídolo de ese demonio á quien llamas diosa madre, no solo no la adoro, sino que si me das un martillo, la haré pedazos."-El juez dijo: "Este hombre no solo es un sacrilego, sino un rebelde: jes ciudadano de esta poblacion? que lo diga el escribano."—Este respondió: "Es ciudadano de esta ciudad, y de noble familia."—El juez dijo: "Hé aquí, Sinforiano, lo que te da tanta arrogancia: ¡ignoras los edictos de los emperadores? Que los lea el escribano." El escribano leyó: "Marco Aurelio, emperador, á todos los gobernadores de las ciudades y á los magistrados: hemos sabido que ciertos hombres que se llaman cristianos insultan nuestras leves: prendedles y castigadles de diferente manera, si no quieren hacer sacrificios á nuestros dioses. Sin embargo, que la justicia modere el rigor, y que la venganza, si hay reparacion del crimen, perdone al criminal."

Concluida la lectura del edicto imperial, el juez dijo: "¿Qué tienes que responder a esto, Sinforiano? ¿Podemos infringir este edicto? Se te acusa de un doble crimen, sacrilegio y violacion de las leves: cumple las ordenes del emperador, ó con tu sangre expiarás tu delito."-Sinforiano respondió: "Siempre miraré esa estatua como un prestigio del demonio y un instrumento execrable de perdicion. Sabe que todo cristiano que tiene la desgracia de volver la cara atras para mirar á vuestros dioses, se engolfa en los senderos que conducen al abismo y cae en las redes del enemigo. Nuestro Dios sabe recompensar a los que lo merecen, y tambien castigar á los que pecan."

El juez, viendo inexorable a Sinforiano, mandó que le azotasen sus lictores, encerrándole en un calabozo. Espirado el plazo legal, mandó que le llevasen à su presencia. El enflaquecimiento de sus lívidos brazos habia aflojado los estrechos nudos de sus ligaduras; pero su alma asistia ya a los goces celestiales, porque Cristo habia contado como sangre vertida la que la prision habia consumido en sus venas. El juez le dijo: "¿No harias mucho mejor, oh Sinforiano, en volver a los dioses inmortales? El tesoro público te pagaria con esplendidez, y obtendrias los honores legionarios; pero si no te arrodillas sin detencion alguna ante la estatua de la diosa madre; si no te declaras adorador de los grandes dioses Apolo y Diana, tu muerte es segura. ¡Aceptas? Va a levantarse el altar y a adornarse con guirnaldas; a quemarse el incienso, y la víctima está dispuesta: ofrece, pues, á los dioses un sacrificio de explacion y arrepentimiento."-Sinforiano respondio: "El juez, a quien toca cuidar de los negocios públicos, no debe perder el tiempo en mútiles discursos. Si hay peligro en no hacer todos los dias alguna cosa para ganar su alma, ¿cuánto mas en desviar á otro del camino de la salvacion, para ir á estrellarle contra los escollos del pecado?"

El juez le dijo: "Sinforiano, haz sacrificio á los dioses y gozarás de los honores del palacio."-Sinforiano respondió: "El juez que hace de cuchilla de la ley para procurar matar con ella las almas, se cubre de

oprobio y pierde tambien su alma. No temo la muerte: mi vida es un préstamo que Dios me ha hecho, y que debo devolverle tarde ó temprano. Con lo que era una deuda, hará el martirio un don de propiciacion y de amor. ¡Oh! ¡Cuanto me arrepentiria de temblar ante de un pretor! Los bienes que me ofreces son el veneno melificado que acaricia los lábios y devora las entrañas. Nuestros verdaderos bienes están en Cristo: estos ni los enmohece ni los consume el tiempo y la corrupcion. Vuestros goces se parecen al hielo trasparente que una hora de sol derrite y convierte en agua turbia y cenagosa; el tiempo los arroja al pasar en el torbellino de las cosas humanas. Solo son eternos los goces que da nuestro Dios; pues el tiempo no ha visto nacer su gloria, y el último de los siglos

no la verá morir.

El juez dijo: "Sobrado tiempo te he escuchado, oh Sinforiano, y con paciencia te he oido discurrir sobre la grandeza de no sé qué Cristo. Si hoy mismo no haces un sacrificio á la diosa madre, haré prosternar tu cadáver atormentado y sin cabeza ante sus aras."—Sinforiano respondió: "Adoro y temo à Dios Todopoderoso que me ha creado, y á él solamente sirvo. Mi cuerpo se halla un momento en tu poder; pero nada puedes sobre mi alma. Confiésalo tú mismo: ¡qué cosa mas monstruosa que la fiesta que celebrais en honor de ese ídolo; fiesta en que eunucos voluntarios bailan ante su estátua, cometiendo así un crimen detestable que para vuestros saerílegos sacerdotes es un acto sublime de religion; crí men que se lleva á cabo al son de flautas que tocan unos fanáticos, y al inarmónico ruido de vuestros timbales, de vuestros coribantes. ¿Quién ignora que vuestro Apolo fué pastor de vuestro rey Admeto en las orillas del rio Amfrise, y que cantando sin cesar sus infames amores, se complace en tejer laureles à sus coronas, y cuyas voces de demonios hacen mugir la tripode y la gruta en que revela sus oráculos? En cuanto á vuestra Diana, la ciencia de nuestros santos ha descubierto que no era otra cosa que el demonio del Mediodía, que vagando por las plazas públicas y registrando las secretas cavidades de los bosques, va derramando en el corazon de los hombres, la semilla de la zizaña; esa Diana justamente apellidada Trivia, porque elige para tender sus lazos los rincones de los arrabales." El juez, irritado con estas palabras del mártir, respondió por medio de esta sentencia: "Entreguemos á la venganza del acero à Sinforiano, que no ha querido hacer à nuestros dioses el sacrificio que les es debido, y ha insultado sus altares. Que esta expiacion repare la injuria hecha á nuestros dioses y leyes."

Pronunciada la sentencia, fué conducido al suplicio. Cuando salia de la ciudad, su venerable madre desde las murallas le exhortaba á la muerte, gritándole: "Hijo mio, mi hijo Sinforiano! no pierdas de vista al Dios vivo: valor, hijo!" Fuera de las murallas fué decapitado Sinforiano, y recogidos sus restos ensangrentados por algunos cristianos, fueron sepultados à alguna distancia, en una celdita junto à una fuente. Pero el sagrado cadáver no permaneció oculto mucho tiempo, y los mismos paganos estaban admirados del gran número de milagros que obraba Dios

San Sinforiano habia sido bantizado por el sacerdote Benigno, discipulo de San Policarpo, y que habia venido á predicar la fé en Occidente con el diacono Tirso y otro sacerdote llamado Andoco. De Autun, donde residió algunos años, Benigno pasó à Langres y de alli á Dijon, terminando alli su carrera apostólica despues de un martirio muy largo. Andoco y Tirso fueron cogidos en Saulien con un cristiano llamado Félix, en cuya casa se hospedaban, y despues de torturarlos, los asesinaron á palos. Santa Pascasia, que sufrió el martirio en una edad avanzada, tambien recibió lecciones de San Benigno.

Otra infinidad de mártires regaron tambien con su sangre las plazas públicas. Las espantosas escenas de los mártires de Leon se renovaron de un modo aterrador en todas las provincias del imperio. En un epitafio de un martir llamado Alejandro, hallado en las catacumbas del papa San Calixto, se lee: "Que en aquel reinado los tiempos fueron tan calamitosos, que los lugares mas desiertos, las cuevas mas oscuras, no eran albergues seguros contra la rabia de los perseguidores, y que hacian un crimen, aun à los parientes y amigos, el cumplir con los condenados los deberes que les prescribian la amistad o los sentimientos de la naturaleza." Los cristianos aborrecidos, saqueados, maltratados, perseguidos, castigados con destierro, con prision, entregados á suplicios cuyos refinamientos agotaban muchas veces las fuerzas de sus verdugos; los cristianos se multiplicaban en progresion siempre creciente y mas rápida cada dia, en tanto que los fautores de la heregia, á quienes animaba la impunidad, desaparecian sucesivamente para dar lugar á otros. "Somos de ayer, exclamaba Tertuliano en tiempo de Severo, y ya llenamos las ciudades, las fortalezas, las islas, las provincias, las asambleas del pueblo, el senado y el palacio de los Césares, habiendoos dejado únicamente los templos." En efecto, se contaba entónces con que mas de la mitad del imperio habia abrazado la fe cristiana. "Habia en esto una cosa tan admirable, dice un historiador de la Iglesia, que habian acabado por figurarse que los cristianos tenian un encanto infalible para atraer á su partido a cuantos querian." Acerca de la acusacion que se les dirigia de aborrecer á los demas hombres, decia tambien Tertuliano: "Navegamos, llevamos las armas, cultivamos la tierra, administramos justicia y mezclamos nuestras funciones á las vuestras."

En medio del movimiento continuo de tan prodigioso aumento, esa sociedad santa tomaba fuerza, órden y estabilidad, no solo de la unidad inviolable de su doctrina, sino tambien de la de su disciplina y gobierno. Todo subia allí, como ya hemos dicho, por grados hábil y sólidamente coordinados, desde los empleos mas humildes del ministerio eclesiástico hasta el obispo de Roma, que era la llave de la bóveda de aquel maravilloso edificio. Desde la muerte de Pedro, su silla pontifical nunca habia estado vacante un momento; los mártires reemplazaban sin cesar á otros mártires, y en cierto modo no se sentaban en ella sino para ser precipitados por mano del verdugo. Mas todavia no ha llegado el momento de hablar de aquellos venerables pontífices, entre los cuales hasta fines del siglo cuarto, solo hallaremos uno que no está inscrito en el número de los santos. Diez son esos sucesores de San Pedro desde San Clemente, que fué martirizado en tiempo de Trajano, hasta San Sotero,

que sufrió imperando Marco Aurelio.

La heregia de Montan hacia en tanto numerosos prosélitos. El eunuco

Montan, el año 11 del imperio de Aurelio, 171 de Jesucristo, neófito aún, y deseando ocupar en la Iglesia el primer lugar, sin cambiar el símbolo de la fé, sostenia que así como la ley dada por Jesucristo era mas perfecta que la de los patriarcas, otra ley mas perfecta aún debia ser dada por el Espíriu Santo, ó Paracleto, que Jesucristo mismo habia ofrecido enviar a los hombres, y que debia enseñarles todas las verdades. Montan se llama á sí mismo el Paracleto, en union de dos mugeres perdidas, Priscilla y Maximila, nobles y ricas, que se dicen profetizas, y que abandonando sus maridos, pretenden haber recibido en union con Montan la plenitud del Espíritu Divino. La Iglesia condena esta grosera impostura, que es increible cuánto se propaga! Infesta gran parte del Asia, penetra en Roma, pasa desde allí á Africa, donde la austeridad hipócrita de su moral arrastra, cosa increible, uno de los mas grandes genios, uno de los mas vigorosos defensores del cristianismo, Tertuliano, el que cae para no levantarse jamas!

Al mismo tiempo que Athenagoras, Justino y Apolinario, abogaban en favor de los cristianos ante los emperadores, obispos, cuya ciencia iguaba á su santidad, combatian las heregias que continuaban declarándose en todas partes. San Pynito, obispo de Gnosse en la isla de Creta, y San Dionisio, obispo de Corinto, escribian contra los marcionitas y los montanistas, y sabemos por San Gerónimo, que este último mostraba con tanta erudicion como sagacidad, de qué filósofo pagano habia sacado el veneno de sus doctrinas cada heregia. Al mismo tiempo San Meliton, obispo de Cerdeña, cuyas obras, alabadas por toda la antigüedad, hemos perdido en su mayor parte, formaba un catálogo de los libros sagrados, el primero de que hacen mencion los escritores eclesiásticos. Lumbreras mucho mas brillantes todavia no iban á tardar en ilustrar la Iglesia.

Dos años despues de las matanzas de los mártires de Leon (el 180 de Jesucristo), muere Marco Aurelio, á los veinte de su reinado, en Panonia, donde se hallaba haciendo la guerra á los marcomanos. Su hijo Commodo, que se hallaba en el ejército, es reconocido emperador á los diez v nueve años de edad. Era un monstruo, que esclavo de sus pasiones y de las de sus ministros y concubinas, ultrajó las leyes mas sagradas de la naturaleza, excedió en crimenes y locuras á los demas monstruos que le precedieron; hizo morir à varios senadores, derramó à torrentes la sangre humana, se apoderó de los despojos de sus víctimas para disiparlos al momento en estravagantes prodigalidades. Su espantoso reinado ofrece una prueba mas de que las persecuciones contra el cristianismo eran enteramente independientes del carácter de sus perseguidores. Commodo no derramó la sangre de los cristianos, la Iglesia respiró libremente, y la paz que disfrutó la debió á una concubina de Commodo, la hermosa Marcia, á quien trataba como esposa legítima, á quien habia concedido todos los honores de las emperatrices, escepto el del fuego que se llevaba delante de ellas. Marcia era muy afecta al cristianismo, aunque le comprendió muy mal!

Durante los doce años que subsistió esta paz, hubo muchas conversiones, y hasta en las clasos mas elevadas de la sociedad romana. A aquel número pertenecia un senador llamado Apolonio, hábil en las letras y la filosofia. Uno de sus esclavos lo delató a Perennis, prefecto del

pretorio: por premio de su delacion le rompieron las piernas al esclavo y le crucificaron; empero Apolonio tuvo que dar cuenta de su doctrina ante el senado. Así lo hizo en un discurso en que despues de confesar su fé, presentó, dice Eusebio, una apología del cristianismo. Era ley antigna y todavia en vigor, no perdonar á un cristiano citado ante un tribunal, si no se retractaba. Un decreto de esta asamblea condenó á Apolonio á que le cortasen la cabeza. Apolonio recibe la palma del martirio el octavo año de Commodo. Durante todo el curso de su reiuado, no se hace emencion de ningun otro mártir.

Reinó doce años, muriendo asesinado el 31 de Diciembre de 192. Habia formado una lista de senadores y varones consulares que debia hacer morir. El prefecto del pretorio, Letus, y la misma Marcia, su concubina favorita, estaban comprendidos en ella. Marcia le sorprendió la lista, y para prevenir su desgracia, le dió un veneno; pero sus escesos en la comida y bebida le hicieron vomitar aquel dia; mas era preciso llevar a efecto su muerte, y estando en el baño, un atleta llamado Narciso le estranguló à la edad de treinta y un años.



CAPITULO VI.

Pertinax y Didio Juliano, emperadores.—Séptimo Severo, emperador.—Acrecentamiento de los cristianos.—Padres de la Iglesia.—Severo, favorable al cristianismo, cambia sus disposiciones.—Quinta persecucion de la Iglesia.—Tertuliano.—Análisis de su célebre apologia.—Su caida en la heregia.—Martires se citamos.—Martirio de Santa Felicitas, Perpetua y compañeros.—Martires de Alejandria.—Martirio de Santa Potomiana y Basilides.—Martires de la Gálias.—Caracalla y Geta, emperadores.—Martiron, emperador.—Eliogábalo, emperador.—Introduccion en Roma de los cultos de Oriente.—Severo Alejandro, emperador.—Protego decididamente el cristianismo.—Levatianse lasprimeras iglesias.—Los jurisconsultos hacen algunos mártires.—Martirio de Santa Cecilia.—Muerte de Severo.

A la muerte de Commodo ocupa el trono imperial, proclamado por las guardias pretorianas, Pertunax, anciano, aunque de oscuro nacimiento, de un valor y virtudes que le hacian acreedor à la púrpura. Se vé renacer en su corto reinado el gobierno de los Antoninos; empero à los tres